

## ~ Reseñas ~

DOLORES PHILIPPS-LÓPEZ Y CRISTINA MONDRAGÓN, estudios y compilación. *Francisco Zárate Ruiz. Cuentos de horror y de locura en el decadentismo mexicano*. Éditions Orbis Tertius, 2017.

Francisco Zárate Ruiz (1875-1907) desempeñó trabajos y oficios diversos en la capital mexicana durante el porfiriato: literato, docente, prefecto de preparatoria, oficial de correspondencia del Gobierno del Estado de México, redactor interino del Periódico Oficial, instructor de declamación en la Academia Verdi y representante de la compañía circense Orrín. Sin embargo, su obra literaria, al igual que la de otros autores decadentistas de Hispanoamérica, se halla prácticamente en el olvido. Dolores Philipps-López y Cristina Mondragón presentan, como primer gran paso para el rescate y estudio de la obra de dicho autor, la antología *Francisco Zárate Ruiz. Cuentos de horror y de locura en el decadentismo mexicano*.

La antología reúne 32 cuentos de Zárate Ruiz repartidos en dos secciones: “Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito”, que incluye los textos que forman el cuentario del mismo título; y “Cuentos sueltos”, donde se presentan relatos que se publicaron en distintos periódicos. Además, se muestran las traducciones realizadas por Zárate de “The Black Cat” y “The Tale-Tell Heart” de Edgar Allan Poe. Se incluyen también “El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla” y “Edgardo Poe”, textos que el hispanista John Eugene Englekirk atribuye a Zárate. Una presentación y dos estudios preceden la antología: “En la órbita de Poe: traducción, reescritura, invención” de Philipps y “Francisco Zárate Ruiz y lo fantástico decadente” de Mondragón. Además, después de los relatos se presenta una cronología de las menciones del autor en la

prensa, que permite al lector acercarse un poco a la vida del autor, y una reseña de 1904 de la obra de Zárate, firmada por Domingo S. Trueba.

Philipps-López refiere en su estudio que Englekirk, al intentar desmentir la atribución del texto “My Nightmare. The Last Tale by Poe” al cuentista estadounidense y atribuirlo al mexicano Zárate Ruiz, rescata a este último del olvido en que se hallaba. Philipps-López indica también la casi nula regulación que existía sobre los trabajos de traducción en la época y devela al lector un hecho que no menciona Englekirk: Zárate incorporó a las traducciones de “The Tale-Tell Heart” y “The Black Cat” pasajes que no corresponden al original. Es decir, agregó fragmentos de su propia invención a los textos del cuentista estadounidense que tradujo.

La misma autora advierte el significativo cambio de título que Zárate realizó al cuento “The Black Cat”, al cual este tituló “La embriaguez. Musa trágica”. Con este cambio, la forma en que se dirige el acto de lectura cambia también: se llama la atención, apunta Philipps-López, sobre el alcohol. Asimismo, las “digresiones” que Zárate añadió al texto “recalcan la incidencia del alcohol en los impulsos crueles y violentos del protagonista” (21), con lo cual se da una explicación racional a tales arrebatos y se cancela la conjunción de motivaciones que se muestra en el texto original de Poe. El nuevo título es una interpretación del cuento de Poe, así como una estrategia para hacer del cuento un texto que acusa el alcohol como detonador de comportamientos condenables, tópico que se halla en varios relatos de Zárate.

“La embriaguez. Musa trágica”, incluye un párrafo distinto al final. Philipps-López indica que, aunque el cambio de título pudo “haber menguado la fantasicidad del relato original de Poe, su *coda* [...] reactualiza inesperadamente el escalofrío fantástico” (23) puesto que anuncia que el influjo del gato tuerto continúa.

Philipps-López cierra su estudio con una síntesis del texto “Edgardo Poe” que Englekirk atribuye a Zárate. La autora refuta dicha atribución refiriendo las múltiples ocasiones en que dicho relato se publicó en distintos periódicos en años anteriores, unas veces sin firma y otras con la firma “Aimé Giron” o su versión hispanizada

“Amado Girón”. Philipps-López indica también que, aunque la obra de Zárate Ruiz presenta “claras resonancias” a los relatos de Poe, solamente en el cuento “¿Homicida?” aparece una referencia explícita.

Cristina Mondragón, por su parte, señala la producción de Zárate Ruiz como muestra del “mosaico de influjos” (30), de la diversidad de influencias europeas y estadounidenses en la literatura hispanoamericana de fines del siglo XIX y principios del XX. Mondragón refiere varios relatos de Francisco Zárate y establece la relación de sus elementos con lo decadente, lo gótico, lo maravilloso y lo fantástico. Con base en la lectura de Rosemary Jackson, aclara que no se trata del gótico “original” sino de una derivación en la cual “el personaje no confía en su percepción de la realidad” (31). Esto se presenta en aquellos cuentos de Zárate donde el protagonista trata de justificar sus actos alegando experimentar inestabilidad emocional o pensamientos recurrentes extraños, como en “¿Homicida?”, donde, señala Mondragón, el narrador describe “su percepción hiperestesiada” (31) para declarar la improcedencia de su culpabilidad por un asesinato.

Según Mondragón, pocos relatos de Zárate pueden considerarse fantásticos. Sin embargo, indica que la locura como tema, además de aparecer en relación con el gótico del estilo de Poe y la hipersensibilidad tan característica de la narrativa decadentista, “funciona como umbral para una posible transgresión fantástica” (32). La locura se muestra en varias ocasiones, no como la falta de razón, sino como una percepción y sensibilidad alteradas, aunque no por eso tergiversadoras de la realidad. Mondragón apunta también la presencia del “narrador loco” como recurso para lograr la vacilación que Todorov postula como rasgo fundamental de lo fantástico.

La autora menciona, entre otros, dos motivos recurrentes en la obra de Zárate: “el bestiario fantástico y los seres inanimados que cobran conciencia de sí” (34). Señala “Una venganza”, relato donde un grupo múltiple y diverso de insectos y otros animales pequeños dan muerte a un naturalista, como “uno de los cuentos de horror mejor logrados” (35); y “La cabeza del muñeco”, donde un muñeco tiene conciencia, aunque no control de su cuerpo, como “quizás el más acabado ejemplo de discurso fantástico” en los cuentos de Zá-

rate Ruiz. Para Mondragón, estos últimos representan un ejemplo de la exploración de lo fantástico y lo extraño que varios autores de la época compartían.

La antología que Philipps-López y Mondragón presentan nos da la oportunidad de ahondar, por nuestra parte, en la caracterización de los relatos de Zárate Ruiz. Uno de los elementos fundamentales de estos últimos es la locura. En algunos es el tema principal, como horizonte desde el cual el protagonista vive y valora su mundo, mientras que en otros es la condición desde la cual el personaje describe una situación en particular. En la mayoría de los relatos, el loco no es aquel ser falto de razón, sino el inadaptado, el marginado que no comprende o no comulga con la sociedad circundante. En “El idiota”, como consecuencia de su decepción ante la humanidad, el protagonista decide morir, “irse a las nubes”. En “El loco pacífico”, la locura es percatarse de cómo son realmente el mundo y la humanidad, y rechazarlos en consecuencia. Ambos relatos, junto a “¡Yo, cura!”, representan una crítica a la falta de moral y de pensamiento propio, a la imitación, la hipocresía y el vicio como rasgos de una sociedad mediocre. En “¡Crucificado!”, el protagonista dice despreciar en ocasiones a la humanidad y se refiere a Jesucristo como “sublime loco crucificado”, con lo que se enaltece la figura del loco como ser sabio e incomprendido y se declara la locura, no como falta de razón, sino como la adhesión a una lógica alterna. No obstante, en otros relatos, como “Por una obsesión” y “La cabeza parlante”, la locura se muestra como condición producida por una experiencia traumática, lo que pone en duda si esta última es la causa primera de la demencia o el motivo que desató la que potencialmente ya se hallaba en el individuo.

En el dibujo de la locura que Zárate realiza, la imaginación desbordada tiene un peso importante: en “El idiota”, un hombre tiene sueños alucinantes que le roban el descanso y en “Por una obsesión”, una mujer que perdió a su hija es capaz de ver partes de un cuerpo desmembrado que danzan. En otros relatos, como “¿Homicida?” y “Walpurgis”, el mundo del que hablan los personajes parece producto de un delirio, de dicha imaginación que se desborda. Son frecuentes también las imágenes surrealistas *avant la lettre* que

representan sueños, como se observa en “El idiota”, o sensaciones como en “Adulterio”: “comenzó a arrastrarse por mi corazón como un repugnante caracol [...] el terrible odio” (134). Aunque quizás el mejor ejemplo sea el siguiente pasaje de “Amnesia”: “Exageradamente empequeñecido, emparedado en una canica, rodaba; unas veces la cabeza contra el suelo, otras hacia el Oriente [...] miríadas de monstruos marinos y terrestres en estrecho maridaje [...] Rocas animadas que reían con *risa de piedra*<sup>1</sup>. Plantas vestidas a la europea [...]” (109). Asimismo, la apertura de la sensibilidad y la reflexión tiene un papel fundamental. En “El moscardón”, incluido en “Cuentos del manicomio. Los que no llegan a San Hipólito”, el protagonista puede ser tomado por loco puesto que adjudica rasgos humanos, como la burla y la envidia, a un moscardón que lo atosiga; en “Un ingrato”, el personaje escucha lo que un perro le dice; y en “Gusanos”, el personaje reflexiona acerca de la posibilidad de que un par de estos insectos tengan conciencia y vida amorosa.

La fuerte presencia de los animales como personajes permite, por contraste, el planteamiento de una noción de lo humano que se aleja de las ideas comunes de la época. En “¡Crucificado!”, el narrador-protagonista expresa: “soy como todos los hombres influenciable por las compasiones para todos los seres vivientes, como todos los animales accesible a los amores para los semejantes” (70). De igual forma, en “Un ingrato” aparece esta equiparación de los animales con los humanos: “¿por qué no han de pensar algunas veces los perros como los hombres, ya que muchos hombres desean como los perros sólo la comida?” (73). En los relatos de Zárate Ruiz, los animales tienen voces, risa, lenguaje y conciencia. Son capaces de amar, sufrir, pensar, soñar, envidiar, burlarse y vengarse. Así, el ser humano aparece como un animal más, al cual ni siquiera su conciencia y sus sentimientos lo separan del resto. Como personajes, los animales funcionan como vehículo para la crítica social. En “El murciélago”, un hombre alcohólico que murió días antes ha reencarnado en dicha forma, lo que le permite percatarse de la

<sup>1</sup> Cursivas en el original.

maldad del ser humano y del mal camino que llevaba en su vida anterior. En “Un ingrato”, un perro dice a un hombre que la caridad humana proviene de un estado de vulnerabilidad y aconseja a este desconfiar de hombres y mujeres.

En los relatos se presenta una relación especial con los animales. Algunos personajes pueden comunicarse con ellos, como en “El tuerto”, o presienten en estos el desarrollo de una conciencia con la que no pueden establecer pleno contacto. Con ello se alude a la vida de los animales que permanece oculta a nuestros ojos y a ciertas fuerzas en ellos que desconocemos. Entre los relatos que más sobresalen de la antología, se encuentra “Una venganza”, el cual se presta incluso a un análisis ecocrítico, puesto que relata cómo los animales se vengan del sufrimiento que la soberbia del personaje ha causado a sus compañeros. Resaltan en el texto las características “humanas” de los personajes: el moscardón tiene voz “ronca y solemne”, los ratones desafían al hombre con la mirada, las abejas se ríen de él y una lagartija agonizante se queja con amargura. Para la ecocrítica resulta también de especial valor “El río hondo”, que también acusa las acciones perjudiciales del ser humano sobre la naturaleza, aunque aquí el reclamo y la venganza las ejecuta el río y no un grupo de animales.

Otro elemento esencial en los cuentos de Zárate es la animación de los objetos, que va mucho más allá de la prosopopeya. Lo inanimado cobra conciencia, casi alma, y reflexiona, juzga y siente. “La cabeza del muñeco”, narrado por un muñeco que cobra conciencia, pero carece de voluntad sobre su cuerpo, lleva a cuestionar qué es la conciencia, así como la relación entre cuerpo y mente. Además, plantea la posibilidad de vida, oculta a los ojos humanos, que pueden tener ciertos seres. En “El creador de hombres”, relato que llama la atención por presentar un grado de indeterminación mayor al que se presenta en la gran mayoría de los cuentos de la época, uno de los personajes cree que los hombres de barro que moldea están comenzando a adquirir vida. Por último, en “La cabeza parlante”, una mujer conversa con la cabeza de su esposo que segundos antes ha sido separada de su cuerpo.

Varios relatos de la antología pueden considerarse fantásticos porque los hechos extraordinarios quedan sin explicación convincente. Esto se advierte en “Por una obsesión”, donde queda la duda de si el remordimiento de la madre la ha llevado a la locura o si el espíritu de la niña fallecida ha vuelto para reprochar su falta a la mujer. Asimismo, en “Walpurgis”, el narrador-protagonista relata la anécdota de su secuestro por parte de unos esqueletos que, aunque él asegura que es verídica, podría ser fruto de una alucinación.

Como puede verse, varios de los relatos presentan, en su cuerpo o como trasfondo, una reflexión filosófica o metafísica. En “¿Quién soy yo?”, Zárte presenta varios tópicos comunes del decadentismo, entre ellos la muerte violenta, la vida después de la muerte y la separación del cuerpo y el alma. Sin embargo, lleva este último a un grado que no se observa en la mayoría de los cuentistas, al presentar la traslación del alma del muerto al cuerpo aún vivo de su asesino, lo que abre nuevas preguntas que el cuento esboza pero no concluye. En “La defunción de la muerte” continúa la reflexión acerca del morir con la renovación de la imagen popular de la muerte. En este relato, la Muerte es hermosa, está lejos de ser un esqueleto y carece de guadaña. Su propio discurso se rebela contra la imagen común que de ella se tiene, calificándola de “repulsiva materialidad” (103). Aún más: la Muerte es un ángel caído, desea el descanso del morir y, puesto que preserva la continuidad de la vida, su “vida” está ligada a la de toda la humanidad.

Cabe señalar también algunos rasgos formales que resaltan en los relatos de Zárte Ruiz. Uno de ellos es la variedad de términos científicos, biológicos o tecnológicos en distintos relatos, que revela un conocimiento diverso y que crea imágenes bastante peculiares: “enrojecida hasta el escarlata, la esclerótica” (142), “se perdían como la sonda en las profundidades del mar” (134). Asimismo, al referirse a la fragmentación de los esqueletos que vuelven a sus tumbas, el narrador de “Walpurgis” describe: “Tibias y húmeros, fémures y radios astillados” (130) con lo que la imagen adquiere un mayor efecto de realidad. Se introducen también términos españolizados procedentes de otras lenguas, tales como “avatar”, “degenerescencia”, “clownesca”, lo que apunta a Zárte como lector

asiduo de textos en idioma extranjero, de lo cual proviene quizás aquella “cierta deficiencia en la forma” (294) que Domingo S. Trueba apunta en su reseña y que él adjudica a una redacción apresurada. Aparece también en varios relatos un narratario que funciona para “producir” el acto de narrar, un médico o un amigo ante el cual el personaje siente la necesidad de justificarse o pedir ayuda.

Los cuentos “de horror y de locura” de Francisco Zárate Ruiz presentan el mundo maravilloso de lo que no se comprende: los laberintos de la conciencia, la vida oculta de los animales y la vida después de la muerte. Se afilian al decadentismo hispanoamericano, pero mantienen una nota especial que los distingue y que podría considerarse una mayor audacia reflexiva y descriptiva. Las imágenes oníricas tienen el peso de anunciar posibilidades de lo real, el dolor físico adquiere contornos definidos y los detalles grotescos están cargados de sensorialidad. Quizás por asumir una ideología un tanto más separada del cristianismo que otros autores decadentistas, Zárate es capaz de plantear en sus cuentos la crueldad y mediocridad humanas, la estrechez de la noción común de lo “real”, así como la intuición de una realidad que subyace a la cotidiana y que es posible advertir si uno se detiene a observar con todos los sentidos expectantes.

El valioso trabajo de rescate editorial por parte de Dolores Philipps-López y Cristina Mondragón permitirá acercar la narrativa de Francisco Zárate Ruiz a un mayor número de lectores e investigadores. El estudio de esta antología puede enriquecer significativamente la reflexión y caracterización tanto del decadentismo, como de lo fantástico mexicano y del resto de Hispanoamérica. Además, abrirá la puerta a la búsqueda de otros autores del mismo género también olvidados por la crítica.

Norma Beatriz Salguero Castro